

hombre de la Revolución cambiaron completamente. Se vió que los principios del 89, lejos de ser un trastorno del orden social, no hacían más que inaugurar para el continente instituciones y garantías de las cuales la Inglaterra disfrutaba hacia siglos. Bajo este punto de vista, las guerras de la Francia revolucionaria tomaron otra significación. Se dijo que el movimiento del 89 no era un hecho exclusivamente francés, sino una revolución europea. "Eso sería, se dice, hacerse una idea bien mezquina de esa gran revolución, el suponer que los efectos de ella están circunscritos en los límites del país en donde estalló. Voló en alas de la victoria, y extendió de año en año su esfera de acción," (1).

Una revista inglesa, órgano de los torys, es la que usa ese lenguaje. Aplauda á un movimiento que Pitt había perseguido con su odio. No podían detenerse en la rehabilitación de la Revolución; ¿no era Napoleón el heredero y el órgano de ella, en la opinión misma de Europa? Si se justificaba á la Revolución, se debía también justificar al emperador. Escuchemos aún al *Quarterley Review*: "Las conquistas de Napoleón no fueron una simple ocupación militar de los países que había sometido; los cuidó como si no hubiera de perderlos nunca. Cambió las formas de gobierno, las leyes, las costumbres. Muchas de sus instituciones pasaron indudablemente con él, pero no se restableció el antiguo orden de cosas... Las antiguas preocupaciones fueron destruidas, se formaron nuevas relaciones... Hé ahí la glorificación de las conquistas de Napoleón. El escritor inglés se hace, sin embargo, una objeción. Los progresos en el camino de la libertad, de la civilización, ¿no hubieran podido realizarse sin los trastornos de la república, sin las guerras del imperio? Responde: "Cuando se supone que esos resultados hubieran podido obtenerse por vías más suaves y más conformes á la humanidad, se olvida que los grandes cambios y los grandes sufrimientos son casi inseparables. Estamos, por lo general, tan dispuestos á quedarnos satisfechos de las cosas á las cuales estamos acostumbrados, que es preciso golpes violentos para separarnos de nuestras antiguas costumbres y de nuestros antiguos usos. De ahí ese conflicto terrible de armas y de opiniones que conmovió á la

(1) *Quarterley Review*, en la *Revue britannique*, 1829, t. 1, página 233.

Europa desde 1792 hasta 1815. Cuando terminó, el suelo se encontró en parte desembarazado de antiguas construcciones que lo obstruían, y la especie humana pudo lanzarse audazmente en el camino de las mejoras abierto ante ella."

Esta apreciación data de 1829. El escritor inglés cree terminada la revolución. Un año después, la era de las revoluciones se volvió á abrir, y aun estamos comprometidos en ellas en la segunda mitad del siglo XIX. Siempre es la Francia la que da la señal, y cuando París se conmueve, la Europa tiembla. Este papel de la nación francesa, que se la maldiga ó que se la ensalce, implica una elevada misión. Amigos y enemigos lo reconocen. Un ilustre orador, católico á la vez que liberal, Donoso Cortés, dice que es un hecho histórico, un hecho incontestable, "que la misión providencial de la Francia es de ser el instrumento de la Providencia para la propagación de las ideas nuevas, sean políticas, sean religiosas y sociales." El orador español hace constar también otro hecho, que siempre se encuentra un hombre que concentra en él el movimiento de un siglo y lo imprime al mundo: "En los tiempos modernos, tres grandes ideas han invadido á la Europa: la idea católica, la idea filosófica y la idea revolucionaria. Ahora bien, en esos tres periodos, siempre la Francia se ha hecho hombre para propagar esas ideas. Carlomagno ha sido la Francia hecha hombre para propagar la idea católica; Voltaire ha sido la Francia hecha hombre para propagar la idea filosófica; Napoleón ha sido la Francia hecha hombre para propagar la idea revolucionaria," (1).

Hémos aquí en el camino de la apoteosis. Si la Francia es el instrumento de la Providencia para la propagación de las ideas nuevas, y si ella se hace hombre para llenar esa misión divina, este hombre es también, pues, un instrumento de Dios. No hay más que un paso para adorarlo como á un Mesías. El hombre que realiza una obra divina, y que tiene conciencia de su vocación, es un profeta, como Moisés y el Cristo. Este es el último grado de la trasfiguración de Napoleón. La democracia no lo ensalzaba más que para rebajarlo; diciendo que era un instrumento de Dios, le negaba toda libertad, toda iniciativa; no era más que una máquina, y una máquina que hacía todo lo contrario de lo

(1) DONOSO CORTÉS, de la *Dictadura* (Obras, t. 1, p. 320).

que quería hacer. Cuando el heredero del nombre de Napoleón se presentó á la Francia como sucesor legítimo de su poder, se hizo una última transformación de esa gran figura; fué más que un instrumento, se convirtió en un salvador. El emperador es la encarnación de la Revolución, ó, como dice Luis Napoleón, el *ejecutor testamentario*; toma ese papel con pleno conocimiento de causa, porque sabe que esa es su misión; se asocia á los designios de Dios: el emperador es el *Mesías de las ideas nuevas* (1).

El sobrino de Napoleón se presenta heredero de su tío; está tan convencido de que la Francia está por él, que no vacila en presentarse solo contra una monarquía que quiere derribar. Fracasa, pero su derrota no destruye su fe; conserva la convicción de que el imperio, tal como lo concebía el emperador, es la continuación del 89: ahora bien, sería preciso estar ciego para negar que la dominación del mundo pertenece á la Revolución. Luis Napoleón escribió á Laity después de la insurrección de Strasburgo: "El sistema imperial es la fórmula gubernamental de los principios de la Revolución; es la jerarquía en la democracia, la igualdad en la ley, la recompensa para el mérito... El imperio concilia el orden y la libertad, los derechos del pueblo y el principio de autoridad," (2).

Luis Napoleón había juzgado bien á la Francia; ésta volvió á él toda entera. Su advenimiento puso el último sello á la apoteosis del emperador. Que no echen la culpa á Napoleón III, que no se consuelen diciendo que es la obra de la fuerza. No, es la consecuencia lógica de la leyenda napoleónica; y esta leyenda ha contribuido á formar la nación entera: aquellos mismos que en su ceguera insultan al sobrino, le han preparado el camino haciendo un ídolo del tío. Estamos lejos de asociarnos al culto de Napoleón; pero si se quiere destruirlo, no se debe empezar por negarlo. Transcribimos, pues, las famosas palabras de Napoleón III, en su prólogo de *Julio César*: "Cuando la Providencia suscita hombres tales como César, Carlomagno, Napoleón, es para trazar á los pueblos el camino que deben seguir, marcar con el sello de su genio una era nueva, y realizar en al-

(1) LUIS NAPOLEÓN, *Ideas napoleónicas* (Obras, t. 1, p. 195).

(2) LUIS NAPOLEÓN, *Ideas napoleónicas* (Obras, t. 1, p. 19; tomo III, p. 234).

gunos años el trabajo de varios siglos. ¡Felices los pueblos que los comprenden y los siguen! ¡Ay de aquellos que los desconocen y los combaten! Hacen como los Judíos, crucifican á su *Mesías*, son ciegos y culpables; ciegos, porque no ven la impotencia de sus esfuerzos en suspender el triunfo definitivo del bien; culpables, porque no hacen más que retrasar el progreso dificultando su pronta y fecunda aplicación. El ostracismo de Napoleón hecho por la Europa conjurada no ha impedido tampoco que el imperio resucitase, y, sin embargo, ¡cuán lejos estamos de haber resuelto las grandes cuestiones, de haber sosegado las pasiones, de las satisfacciones legítimas dadas á los pueblos por el primer imperio! Así es que sigue verificándose esta profecía del cautivo de Santa Elena: "¿Cuántas luchas, cuánta sangre y cuántos años no se necesitarán aún para que el bien que yo quería hacer á la humanidad pueda realizarse?,"

El culto de Napoleón merece el nombre de idolatría, y nunca se ha adorado un falso dios por más malas razones. Si el emperador es el *ejecutor testamentario* de la Revolución, hay que reconocer que fué un testamentario muy infiel. Pero ¿es bien cierto que la Revolución le haya dado poder para cumplir sus voluntades supremas? Son, por lo general, los moribundos los que encargan á un amigo de ese cuidado piadoso. La Revolución murió el 18 de brumario, año VIII, á manos de aquel que se pretende ser su *ejecutor testamentario*. Fué una muerte violenta; bajo el punto de vista moral, debería llamarse un asesinato, porque el que dió la muerte á la república había hecho juramento de defender la constitución republicana que violó. ¿Desde cuándo se encarga al asesino el ejecutar las voluntades de su víctima? Que se haga de Napoleón un ídolo, pase; pero que no se diga que es el heredero de la Revolución. Es un heredero que la historia declara indigno, diciendo con el poeta: *¿Hereda uno de aquellos que uno asesina?* La Revolución proclamó la libertad y la igualdad como principios de su régimen interior, y como regla de sus relaciones exteriores, la paz, la renuncia á las conquistas; esto era declarar que, en el porvenir, el derecho reinaría en el mundo. ¿Prosiguió el emperador ese programa? Es, se dice, la imagen viva de la legalidad. Sí, pero la alteró por medio de tentativas aristocráticas, y la corrompió con el despotismo. ¿Hay que preguntar qué hizo de la libertad

y de la paz? Destruyó la una, no conoció jamás la otra. ¿Dónde están los prodigios que operó en algunos años, haciendo el *trabajo de muchos siglos*? Encontró al derecho establecido, por lo menos en teoría, y lo reemplazó por la fuerza; ¿y no era la fuerza la esencia del antiguo régimen de la monarquía absoluta? En vez de decir que Napoleón fué el *ejecutor testamentario de la Revolución*, debería decirse que inauguró la contrarrevolución. ¿Dónde está, pues, la ceguera, dónde está el crimen de los pueblos? Si son *ciegos y culpables*, es porque se obstinan, á pesar de la evidencia de los hechos, á dedicar un culto al hombre que les quitó el más precioso de los bienes, la libertad. Ya es tiempo que oigamos las protestas que se han levantado contra esa idolatría. Las voces que las han hecho oír son las de los hombres de genio, órganos de la justicia eterna; concluirán por triunfar del error. No, el culto de los falsos dioses no es eterno. Los dioses del Olimpo no reinan ya. El Crucificado, que los ha arrojado de los templos, ha perdido á su vez la aureola divina, con la cual habían adornado su cabeza la credulidad y el espíritu de dominación; continúa siendo grande entre los grandes, pero deja de ser Dios. Napoleón sufrirá el mismo destino: cuando se ha despojado al Cristo de una mentida divinidad, ¿quién se atrevería á ponerse en su lugar?

## IV

Madama de Staël fué la primera que protestó contra la glorificación de Napoleón. El hecho solo de que una mujer fué perseguida por el omnipotente emperador, el hecho de que el amo de la Europa no podía soportar el libre hablar de un salón, este hecho solo, decimos, atestiguan en contra del ídolo. Escuchemos, pues, á la víctima que se deja llevar del placer de la venganza; recordaremos que es mujer, y que para las mujeres, como para los dioses antiguos, el vengarse es un dulce placer. Añadiremos que la venganza es justa cuando el que ha sufrido del despotismo emplaza al déspota ante el tribunal de la historia. Es una acusación que vamos á oír. La historia separará lo que haya de amarguras personales en el acento de la demandante, pero tendrá en cuenta sus sufrimientos.

Bonaparte se hace elegir primer cónsul, después emperador. Tenía en su favor los votos de la

Francia, la nación lo acogió como á su salvador. ¿Cuál va á ser su política? Si hubiere sido, como lo dicen sus adoradores, el heredero ó el mandatario de la Revolución, se hubiera contentado con las fronteras naturales, única ambición de la república. Era una magnífica herencia, y la Europa, después de la batalla de Marengo, no las disputaba ya. El primer cónsul podía hacer de la Francia, limitada por el Rhin y por los Alpes, el más poderoso imperio del mundo y al mismo tiempo el más libre. ¡Que se piense en la prodigiosa influencia que la libertad francesa hubiera ejercido! Se pretende que los ejércitos difundieron los principios del 89 en toda Europa. Se nos permitirá creer, dice madama Staël, que el ejemplo de la libertad, reinando en Francia, hubiera sido la mejor y la más eficaz de las propagandas. Cuarenta millones de hombres libres hubieran sido una respuesta sin réplica para los partidarios del poder arbitrario. La Francia hubiera sido feliz, y después de ella la Europa. Esa misión ¿no se había hecho para seducir á un grande hombre? Sí; pero para éso Napoleón necesitaba lo que no tenía, el amor á los principios del 89, que muy gratuitamente se le supone.

Madama de Staël dice que "la devoradora actividad de Bonaparte se hallaba apretada en la más bella de las monarquías"; añade "qué era demasiado miserable suerte para un Corso, subteniente en 1790, el no ser más que emperador de Francia.. Bueno; que remueva la Europa, pero que sea en provecho de la humanidad. Había una grande obra que realizar, reconstituir las nacionalidades que el antiguo régimen había oprimido ó destruido: "En el restablecimiento de Polonia, la independencia de Italia, la emancipación de la Grecia, había algo de grandeza; los pueblos podían interesarse en el renacimiento de los pueblos.. ¿Es eso lo que hizo el emperador? "Inundó la tierra de sangre para que su hermano Jerónimo se colocase en el lugar del elector de Hesse, y para que los Alemanes fuesen gobernados por generales franceses, que se apoderaban en su país de feudos cuyos títulos apenas sabían pronunciar, pero cuyas rentas percibían muy fácilmente en todas las lenguas.."

¿Cuál fué, pues, el objeto de las guerras incesantes que ensangrentaron la Europa? Bonaparte no hizo nada más que con el fin de establecer su poder y el de su familia. "Y ¿qué ofrecía á los imperios que pensaba subyugar? ¿Era la libertad?

¿Era la fuerza? ¿Era la riqueza? No; era él, siempre él, con quien era preciso recrearse en cambio de todos los bienes de este mundo,, (1). En definitiva, á los ojos de madama de Staël, aquel de quien se quisiera hacer un Dios era un tipo de egoísmo.

Esa es también la opinión de Chateaubriand. Se ríe de aquellos que hacen de Napoleón el heredero ó el ejecutor testamentario de la Revolución. "¿No se quiere transformar hoy al emperador en un Romano de los primeros días del monte Aventino, en un misionero de la libertad, en un ciudadano que no instituía la esclavitud más que por amor á la virtud contraria?.. Ni aun se puede decir que Napoleón participaba de la pasión de los Franceses por la igualdad: "Juzgad en dos rasgos al gran fundador de la igualdad: ordenó anular el matrimonio de su hermano Jerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleón no podía aliarse más que á la sangre de los príncipes; más tarde, á su vuelta de la isla de Elba, reviste la nueva constitución *democrática* con la *dignidad de paz*, y la corona con el *acta adicional*.."

Chateaubriand no niega "que Bonaparte, continuador de los triunfos de la república, haya sembrado por todas partes principios de independencia"; reconoce "que sus victorias ayudaron á la relajación de los vínculos entre los pueblos y los reyes, que arrancaron los pueblos al poder de las antiguas costumbres y de las antiguas ideas.. Pero Chateaubriand niega, y tiene mil veces razón, "que el emperador haya trabajado á sabiendas en la rendición política y civil de las naciones.. ¿Comprende que haya establecido el despotismo más estrecho con la idea de dar á la Europa, y particularmente á la Francia, la más extensa constitución?.. Es decir, "que ha sido un tribuno disfrazado de tirano. Bonaparte, como la raza de los príncipes, no ha querido y no ha buscado más que el poder.. Sólo que "llegó á él á través de la libertad, porque su primera salida á la escena del mundo fué en 1793.. Pero la libertad no fué para él más que un instrumento, un pedestal. "La Revolución, que fué su nodriza, no tardó en aparecerse como una enemiga, y no cesó de pegarla.. Chateaubriand tiene razón en burlarse de los sofistas que elogian el amor de Bonaparte por la liber-

tad. Esos sofistas, dice, no prueban más que una cosa, el abuso que puede hacerse de las palabras más sagradas (1).

Aplaudimos esos sentimientos, porque se trata del porvenir de la libertad, es decir, de la existencia misma de la humanidad. ¿Cómo conquistarán, cómo conservarán los pueblos la libertad, si continúan prodigando su admiración á los que han destruido la libertad, en todo lo que de ellos ha dependido, si el sentido moral se halla corrompido hasta el punto que se adora como á salvadores á los que jamás han pensado más que en su dominación, si los déspotas pasan por defensores de los derechos del hombre? Vamos á oír á Lamartine restablecer la verdad en el orden moral. Sabemos lo que se puede criticar al historiador francés; es poeta ante todo, haga lo que haga y diga lo que diga. No lo invocamos como historiador, lo invocamos como uno de los bellos genios de nuestro tiempo; ¿y quién será mejor el órgano de la humanidad sino los elegidos de Dios que da al mundo para encantarlos é ilustrarlos?

"La historia es una justicia, dice Lamartine. Los conquistadores y los déspotas tendrían demasiadas ventajas sobre la verdad si no se les juzgase, como Napoleón lo ha sido hasta aquí, más que por el ruido de su nombre del deslumbramiento de la gloria. Este poder de la fama es un mal poder al cual es preciso tener el valor de resistir, de miedo que la posteridad no se doblegue como el siglo.. Es preciso que la libertad tenga por lo menos su protesta y su testigo. El *testigo* va á hablar, es un testigo de cargo: "Napoleón no es un hombre de Plutarco, sino de Maquiavelo. Su móvil ha sido el poder y la fama; se dió por tarea el poseer el mundo á toda costa, no el mejorarlo ó el engrandecerlo.. No es ese el signo de la verdadera grandeza: "Dios no ha dicho á ningún hombre: Tú harás de ti mismo tu propio fin, tú harás de ti el centro de las cosas humanas, tú harás servir al mundo á tu uso.. Por el contrario, ha dicho: "Tú serás el servidor de la tierra, tú te sacrificarás al servicio de tu pueblo, tú crecerás, no en ti mismo, sino en el pueblo, ser eterno que habrás servido, y en el espíritu humano, mejorado y engrandecido por tus obras.. Ese es el tipo, esa es la verdadera grandeza.."

(1) STAËL (madama de), *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, parte cuarta, c. XII.

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*.